

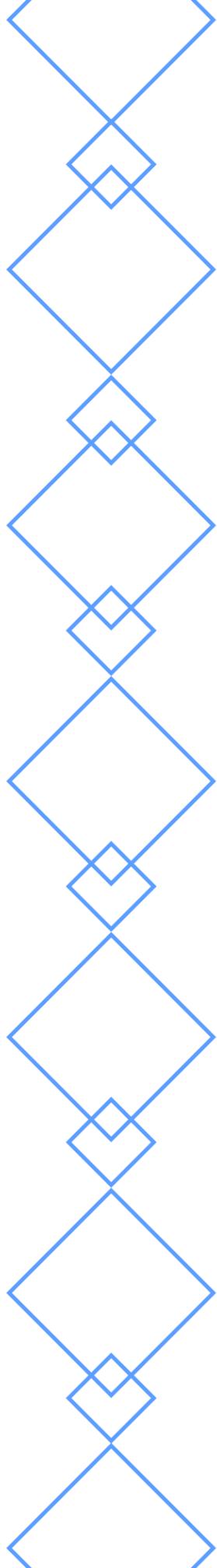
tertulias
Cuerpo, mente y espíritu

Cuentos Latinoamericanos



**"UNO NO ES LO
QUE ES POR LO QUE
ESCRIBE, SINO POR
LO QUE HA LEÍDO"**

JORGE LUIS BORGES



tertulias...

Cuerpo, mente y espíritu

Coordinadora del siayd

Alma Elisa Delgado Coellar

Coordinadora tertulias

Huberta Márquez Villeda

Diseño editorial

Nadia Javier Martínez

Ilustraciones

María Lucas Villeda Villegas

Cristina Amalia López

jensphotography

brunoheron

Jonny Joka

coachjuanma

ArcaiPenumbra



tertulias...

Cuerpo, mente y espíritu

Cuentos Latinoamericanos

Miércoles 31 de julio 2024

20:00 HRS



LIVE

Moderadora: Huberta Márquez

Invitados

Rodrigo Bruna, Chile

Ligia Alvarado Vives, Costa Rica

Cristina Amalia, ALADI Argentina

María Magdalena Sarraute, Venezuela



Nadia Javier
Ilustración digital



INDICE

CUENTOS LATINOAMERICANOS
NADIA JAVIER MARTINEZ

RELATORIA DE JULIO
NADIA JAVIER MARTINEZ

CHILE
EL CHIFLON DEL DIABLO
BALDOMERO LILLO

COSTA RICA
LA ROSA PRINCIPE NEGRO
LIGIA ALVARADO

8

16

20

36

INDICE

COSTA RICA
EL DURAZNO
LIGIA ALVARADO

ALADI ARGENTINA
EL CORAZON DE EURINDIA
CRISTINA AMALIA LÓPEZ

VENEZUELA
LA I LATINA
ARTURO USLAR PIETRI

VENEZUELA
LA CIUDAD
JOSÉ RAFAEL POCATERRA

40

46

60

64



CUENTOS LATINOAMERICANOS

NADIA JAVIER MARTÍNEZ

Cuentos Latinoamericanos

Entendemos por cuento a una narración breve de suceso ficticios o reales, con un número reducido de personajes y una trama por lo general sencilla y fácil de entender.

A grandes rasgos los cuentos se dividen en dos categorías. La primera corresponde a los cuentos populares, narraciones cortas de hechos imaginarios que se transmiten de generación en generación y de boca en boca. Debido a que cada narrador recrea y adapta el relato acorde a sus circunstancias, los detalles varían, lo que da nacimiento a varias versiones de un mismo cuento. De forma general, su propósito es transmitir costumbres y educar por medio del ejemplo o la censura. Dentro de los cuentos populares se engloban los cuentos de hadas, los cuentos de animales y los cuentos de costumbres.

Los cuentos de hadas, los cuales seguramente muchos conocen, son aquellos que presentan varios elementos fantásticos y suelen mostrar un claro contraste entre el bien y el mal. Los cuentos de animales son, como su nombre lo indica, narraciones donde sus protagonistas son animales cuyo comportamiento asemeja al de los humanos. Los cuentos de costumbres por su parte retratan el modo de vida de las sociedades agrarias, perpetuando o criticando el mismo.

La segunda categoría pertenece al cuento literario que, a diferencia del cuento popular, se concibe y transmite por medio de la escritura. El cuento literario valora la representación personal y artística de la obra. Son narraciones con una visión más personal y presentan una mayor carga emocional. Dentro

del cuento literario encontramos el cuento clásico, moderno y posmoderno.

Es con Edgar Allan Poe que se establece el canon que definirá el cuento clásico. La estructura del cuento clásico es circular (cronológicamente sigue las etapas de principio, medio y fin), los personajes y situaciones que se presentan son insólitos, pero quizá su rasgo más icónico sea que debe contener una revelación única, de carácter sorpresivo que se revelara solo después de la acumulación de tensión hasta llegar al punto culminante de esta.

En el cuento moderno los personajes pasan de ser arquetipos a personas más comunes, aunque no por eso serán convencionales. Es por medio de los conflictos interiores de los personajes que se muestra la problemática moral o intelectual que aqueja a los personajes y se profundiza en sentimientos poco agradables como el miedo, la obsesión o los complejos. Rompe con la estructura circular del cuento clásico, lo que abre la posibilidad a que la narración se desplace entre eventos pasados y presentes. Su final tiende a ser abierto y dejado a interpretación del lector.

Finalmente tenemos el cuento posmoderno, que es el resultado de la combinación del cuento clásico y moderno. Se caracteriza por presentar historias extraordinarias e improbables, la unión de historias y discursos, y por tratar temas a menudo desagradables como la muerte, la violencia, la violación o una contemplación indiferente frente a un colapso social o mundial.

Ahora bien, más allá de ser relatos entretenidos, los cuentos (especialmente los cuentos populares) suelen contener una

enseñanza o un conocimiento determinado, que se espera, puedan ser transmitidos a otros con facilidad. Por ejemplo, para cualquiera que haya leído el cuento de Caperucita Roja, sabe que es una advertencia velada sobre no hablar con desconocidos y siempre hacer caso a lo que digan los padres. Es cierto que puede tener implicaciones más profundas, pero actualmente es el mensaje que se presenta para los niños.

Esta cualidad formativa no se limita únicamente en los cuentos populares, los cuentos literarios también pueden contribuir al desarrollo personal del lector. Por medio de la identificación y la empatía que se construye entre el lector y los personajes, este puede experimentar sentimientos que no enfrentaría con facilidad en su vida cotidiana, dándole la oportunidad de descubrir e interactuar con otras formas de pensamiento, reflexionar sobre ellas y sobre sí mismo.

En conclusión, el cuento, ya sea popular o literario, es una herramienta poderosa para transmitir conocimientos, valores y experiencias humanas. Los cuentos populares, con su enfoque en la tradición oral y la transmisión de costumbres, buscan educar y formar a través de ejemplos y moralejas. En contraste, los cuentos literarios, a través de la escritura, permiten una exploración más profunda y personal de la condición humana, ofreciendo visiones más complejas y emotivas de la realidad. Ambos tipos de cuentos tienen la capacidad de influir en el desarrollo personal del lector, fomentando la empatía y la reflexión a través de la identificación con los personajes y sus experiencias. De esta manera, los cuentos no solo entretienen, sino que también educan y enriquecen la vida de quienes los leen.

México



ArcaiPenumbra
Fotografía

Referencias

- Aldas Calapiña, D. E. (2016). La narración de cuentos de hadas en el desarrollo de habilidades de lenguaje de los niños y niñas del primer año de educación general básica A y B de la Escuela Básica La Granja CEBLAG de la ciudad de Ambato, provincia de Tungurahua (Informe final de trabajo de graduación, Universidad Técnica de Ambato, Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación, Carrera de Educación Parvularia, Modalidad Presencial). Tutora: Lcda. Mg. Natalia Elizabeth Chilibingua Canchignia. Ambato, Ecuador.
- Gutiérrez Mondragón, E. (2003). La función del cuento infantil en el desarrollo moral de un niño: Un punto de vista cognitivo (Tesina de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Pedagogía). Asesora de tesina: Mtr. Jeanette Escalera Bourillon.
- Machuca Jiménez, C. (2024). El cuento como estrategia para gestionar las emociones en niños de 6 a 8 años (Reporte de investigación teórica, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia). Director: Mtra. Julieta Meléndez Campos.
- Martínez Romero, M. I. (2008). Una propuesta de análisis literario para el cuento (Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Sistema Universidad Abierta). Asesora: Mtra. Frida Rodríguez Gándara. Ciudad Universitaria, D.F.
- Molina, B. (n.d.). Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-cuentos-populares-o-la-tentativa-de-un-texto-infinito-0/html/013093d4-82b2-11df-acc7-002185ce6064_26.html
- Molina, B. (n.d.). Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-cuentos-populares-o-la-tentativa-de-un-texto-infinito-0/html/013093d4-82b2-11df-acc7-002185ce6064_27.html
- Quintana Camacho, B. (2012). El cuento como una herramienta para favorecer el desarrollo del niño en edad pre-escolar (Tesina de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología). Directora: Mtra. María Cristina Heredia y Ancona. Ciudad Universitaria, D.F.



RELATORIA DE JULIO

NADIA JAVIER
MARTÍNEZ

Relataría de Julio

¿Por qué escribir cuentos?

Es con esta pregunta que la Mtra. Márquez da apertura a la Tertulia de julio y cede la palabra al primer participante.

Para Rodrigo bruna, los cuentos son un medio para entender ciertas problemáticas o fenómenos. A través de la escritura de un autor se nos permite entender realidades antes invisibles a nuestros ojos.

En el caso de Ligia Alvarado, la escritura es algo más personal. Ella es una persona que arrastra el lápiz, conectando el corazón al lápiz. Aunque no se considera escritora ni cuenta con una preparación profesional en este campo, le gusta escribir, sobre todo vivencias de su niñez. Escribe porque ama escribir, compartir y expresar lo que siente.

Cristina opina que contar un cuento es un acto de amor. Al compartir con otros los personajes que viven en tu mente alimentas la imaginación de otros y les permites soñar incluso en momentos difíciles de la vida. Asimismo, los cuentos pueden despertar al niño interior de uno, sacar a la superficie los sentimientos más profundos de la mente, del corazón y del espíritu. Para ella escribir le permite entender un mundo paralelo donde a veces a uno le gustaría vivir, pero por sobre todo, porque escribir le permite imaginar escenarios que lleven felicidad al alma y energía a quienes lean cuentos.

María Sarraute, a pesar de no tener experiencia escribiendo cuentos, ofrece su propia opinión sobre la importancia de estos. Un cuento es la recreación de la vida, una lectura permanente que permite desarrollar la imaginación y la creatividad.

Un cuento, apunta, no es algo fácil de escribir. Este debe enganchar, conectar con el lector y compartir experiencias o emociones. Comenta que los cuentos pueden plantear nuevas ideas y perspectivas que den como resultado un cambio o transformación en la sociedad. Como ejemplo de este hecho menciona los cuentos venezolanos, caracterizados por centrarse en la crítica social, abordar temas sociales, políticos, culturales e invitar a la reflexión.

En esta tertulia los invitados compartieron cuentos de autoría propia o tomados de sus autores preferidos. A continuación, encontraras dichos cuentos con una reflexión final sobre la moraleja que nos dejan.



EL CHIFLÓN DEL DIABLO

BALDOMERO LILLO
DE CHILE

Cuento compartido por Rodrigo Bruna

En una sala baja y estrecha, el capataz de turno sentado en su mesa de trabajo y teniendo delante de sí un gran registro abierto, vigilaba la bajada de los obreros en aquella fría mañana de invierno. Por el hueco de la puerta se veía el ascensor aguardando su carga humana que, una vez completa, desaparecía con él, callada y rápida, por la húmeda abertura del pique.

Los mineros llegaban en pequeños grupos, y mientras descolgaban de los ganchos adheridos a las paredes sus lámparas, ya encendidas, el escribiente fijaba en ellos una ojeada penetrante, trazando con el lápiz una corta raya al margen de cada nombre. De pronto, dirigiéndose a dos trabajadores que iban presurosos hacia la puerta de salida los detuvo con un ademán, diciéndoles:

—Quédense ustedes.

Los obreros se volvieron sorprendidos y una vaga inquietud se puntó en sus pálidos rostros. El más joven, muchacho de veinte años escasos, pecoso, con una abundante cabellera rojiza, a la que debía el apodo de Cabeza de Cobre, con que todo el mundo lo designaba, era de baja estatura, fuerte y robusto. El otro más alto, un tanto flaco y huesudo, era ya viejo de aspecto endeble y achacoso.

Ambos con la mano derecha sostenían la lámpara y con la izquierda su manajo de pequeños trozos de cordel en cuyas extremidades había atados un botón o una cuenta de vidrio de distintas formas y colores; eran los tantos o señales que los

barreteros sujetan dentro de las carretillas de carbón para indicar arriba su procedencia.

La campana del reloj colgado en el muro dio pausadamente las seis. De cuando en cuando un minero jadeante se precipitaba por la puerta, descolgaba su lámpara y con la misma prisa abandonaba la habitación, lanzando al pasar junto a la mesa una tímida mirada al capataz, quien, sin despegar los labios, impassible y severo, señalaba con una cruz el nombre del rezagado.

Después de algunos minutos de silenciosa espera, el empleado hizo una seña a los obreros para que se acercasen, y les dijo:

—Son ustedes carreteros de la Alta, ¿no es así?

—Sí, señor —respondieron los interpelados.

—Siento decirles que se quedan sin trabajo. Tengo orden de disminuir el personal de esa veta.

Los obreros no contestaron y hubo por un instante un profundo silencio.

Por fin el de más edad dijo:

—¿Pero se nos ocupará en otra parte?

El individuo cerró el libro con fuerza y echándose atrás en el asiento con tono serio contestó:

—Lo veo difícil, tenemos gente de sobra en todas las faenas.

El obrero insistió:

—Aceptamos el trabajo que se nos dé, seremos torneros, apun-
taladores, lo que Ud. quiera.

El capataz movía la cabeza negativamente.

—Ya lo he dicho, hay gente de sobre y si los pedidos de carbón no aumentan, habrá que disminuir también la explotación en algunas otras vetas.

Una amarga e irónica sonrisa contrajo los labios del minero, y exclamó:

—Sea usted franco, don Pedro, y díganos de una vez que quiere obligarnos a que vayamos a trabajar al Chiflón del Diablo.

El empleado se irguió en la silla y protestó indignado:

—Aquí no se obliga a nadie. Así como Uds. son libres de rechazar el trabajo que no les agrada, la Compañía, por su parte, está en su derecho para tomar las medidas que más convengan a sus intereses.

Durante aquella filípica, los obreros con los ojos bajos escuchaban en silencio y al ver su humilde continente la voz del capataz se dulcificó.

—Pero, aunque las órdenes que tengo son terminantes —agregó—, quiero ayudarles a salir del paso. Hay en el Chiflón Nuevo o del Diablo, como Uds. lo llaman, dos vacantes de barreteros, pueden ocuparlas ahora mismo, pues mañana sería tarde.

Una mirada de inteligencia se cruzó entre los obreros. Conocían la táctica y sabían de antemano el resultado de aquella escaramuza: Por lo demás estaban ya resueltos a seguir su destino. No había medio de evadirse. Entre morir de hambre o morir aplastado por un derrumbe, era preferible lo último: tenía la ventaja de la rapidez. ¿Y dónde ir? El invierno, el implacable enemigo de los desamparados, como un acreedor que cae sobre los haberes del insolvente sin darle tregua ni esperas, había despojado a la naturaleza de todas sus galas. El rayo tibio del sol, el esmaltado verdor de los campos, las alboradas de rosa y oro, el manto azul de los cielos, todo había sido arrebatado por aquel Shylock inexorable que, llevando en

la diestra su inmensa talega, iba recogiendo en ella los tesoros de color y luz que encontraba al paso sobre la faz de la tierra.

Las tormentas de viento y lluvia que convertían en torrentes los lánguidos arroyuelos, dejaban los campos desolados y yermos. Las tierras bajas eran inmensos pantanos de aguas cenagosas, y en las colinas y en las laderas de los montes, los árboles sin hojas ostentaban bajo el cielo eternamente opaco la desnudez de sus ramas y de sus troncos.

En las chozas de los campesinos el hambre asomaba su pálida faz a través de los rostros de sus habitantes, quienes se veían obligados a llamar a las puertas de los talleres y de las fábricas en busca del pedazo de pan que les negaba el mustio suelo de las campiñas exhaustas.

Había, pues, que someterse a llenar los huecos que el fatídico corredor abría constantemente en sus filas de inermes desamparados, en perpetua lucha contra las adversidades de la suerte, abandonados de todos, y contra quienes toda injusticia e iniquidad estaba permitida.

El trato quedó hecho. Los obreros aceptaron sin poner objeciones el nuevo trabajo, y un momento después estaban en la jaula, cayendo a plomo en las profundidades de la mina.

La galería del Chiflón del Diablo tenía una siniestra fama. Abierta para dar salida al mineral de un filón recién descubierto, se habían en un principio ejecutado los trabajos con el esmero requerido. Pero a medida que se ahondaba en la roca, ésta se tornaba porosa e inconsistente. Las filtraciones un tanto escasas al empezar habían ido en aumento, haciendo muy precaria la estabilidad de la techumbre que sólo se sostenía mediante sólidos revestimientos.

Una vez terminada la obra, como la inmensa cantidad de maderas que había que emplear en los apuntalamientos aumentaba el costo del mineral de un modo considerable, se fue descuidan-

do poco a poco esta parte esencialísima del trabajo. Se revestía siempre, sí, pero con flojedad, economizando todo lo que se podía.

Los resultados de este sistema no se dejaron esperar. Continuamente había que extraer de allí a un contuso, un herido y también a veces algún muerto aplastado por un brusco desprendimiento de aquel techo falto de apoyo, y que, minado traidoramente por el agua, era una amenaza constante para las vidas de los obreros, quienes atemorizados por la frecuencia de los hundimientos empezaron a rehuir las tareas en el mortífero corredor. Pero la Compañía venció muy luego su repugnancia con el cebo de unos cuantos centavos más en los salarios y la explotación de la nueva veta continuó.

Muy luego, sin embargo, el alza de los jornales fue suprimida sin que por esto se paralizasen las faenas, bastando para obtener este resultado el método puesto en práctica por el capataz aquella mañana.

Muchas veces, a pesar de los capitales invertidos en esa sección de la mina, se había pensado en abandonarla, pues el agua estropeaba en breve los revestimientos que había que reforzar continuamente, y aunque esto se hacía en las partes sólo indispensables, el consumo de maderos resultaba siempre excesivo. Pero para desgracia de los mineros, la hulla extraída de allí era superior a la de los otros filones, y la carne del dócil y manso rebaño puesta en el platillo más leve, equilibraba la balanza, permitiéndole a la Compañía explotar sin interrupción el riquísimo venero, cuyos negros cristales guardaban a través de los siglos la irradiación de aquellos millones de soles que trazaron su ruta celeste, desde el oriente al ocaso, allá en la infancia del planeta.

Cabeza de Cobre llegó esa noche a su habitación más tarde que de costumbre.

Estaba grave, meditabundo, y contestaba con monosílabos las cariñosas preguntas que le hacía su madre sobre su trabajo del

día. En ese hogar humilde había cierta decencia y limpieza por lo común desusadas en aquellos albergues donde en promiscuidad repugnante se confundían hombres, mujeres y niños y una variedad tal de animales que cada uno de aquellos cuartos sugería en el espíritu la bíblica visión del Arca de Noé.

La madre del minero era una mujer alta, delgada, de cabellos blancos. Su rostro muy pálido tenía una expresión resignada y dulce que hacía más suave aún el brillo de sus ojos húmedos, donde las lágrimas parecían estar siempre prontas a resbalar. Llamábase María de los Ángeles.

Hija y madre de mineros, terribles desgracias la habían envejecido prematuramente. Su marido y dos hijos muertos unos tras otros por los hundimientos y las explosiones del grisú, fueron el tributo que los suyos habían pagado a la insaciable avidez de la mina. Sólo le restaba aquel muchacho por quien su corazón, joven aún, pasaba en continuo sobresalto.

Siempre temerosa de una desgracia, su imaginación no se apartaba un instante de las tinieblas del manto carbonífero que absorbía aquella existencia que era su único bien, el único lazo que la sujetaba a la vida.

¿Cuántas veces en esos instantes de recogimiento había pensado, sin acertar a explicárselo, en el porqué de aquellas odiosas desigualdades humanas que condenaban a los pobres, al mayor número, a sudar sangre para sostener el fausto de la inútil existencia de unos pocos! ¡Y si tan sólo se pudiera vivir sin aquella perpetua zozobra por la suerte de los seres queridos, cuyas vidas eran el precio, tantas veces pagado, del pan de cada día!

Pero aquellas cavilaciones eran pasajeras, y no pudiendo descifrar el enigma, la anciana ahuyentaba esos pensamientos y tornaba a sus quehaceres con su melancolía habitual.

Mientras la madre daba la última mano a los preparativos de la cena, el muchacho sentado junto al fuego permanecía silencioso,

abstraído en sus pensamientos. La anciana, inquieta por aquel mutismo, se preparaba a interrogarlo cuando la puerta giró sobre sus goznes y un rostro de mujer asomó por la abertura.

—Buenas noches, vecina. ¿Cómo está el enfermo? —preguntó cariñosamente María de los Ángeles.

—Lo mismo —contestó la interrogada, penetrando en la pieza—. El médico dice que el hueso de la pierna no ha soldado todavía y que debe estar en la cama sin moverse.

La recién llegada era una joven de moreno semblante, demacrado por vigiliias y privaciones. Tenía en la diestra una escudilla de hoja de lata y, mientras respondía, esforzábale por desviar la vista de la sopa que humeaba sobre la mesa.

La anciana alargó el brazo y cogió el jarro y en tanto vaciaba en él el caliente líquido, continuó preguntando:

—¿Y hablaste, hija, con los jefes? ¿Te han dado algún socorro?

La joven murmuró con desaliento:

—Sí, estuve allí. Me dijeron que no tenía derecho a nada, que bastante hacían con darnos el cuarto; pero, que si él moría fuera a buscar una orden para que en despacho me entregaran cuatro velas y una mortaja.

Y dando un suspiro agregó:

—Espero en Dios que mi pobre Juan no los obligará a hacer ese gasto

María de los Ángeles añadió a la sopa un pedazo de pan y puso ambas dádivas en mano de la joven, quien se encaminó hacia la puerta, diciendo agradecida:

—La Virgen se lo pagará, vecina.

-Pobre Juana -dijo la madre, dirigiéndose hacia su hijo, que había arrimado su silla junto a la mesa-, pronto hará un mes que sacaron a su marido del pique con la pierna rota.

—¿En qué se ocupaba?

—Era barretero del Chiflón del Diablo.

—¡Ah, sí, dicen que los que trabajan ahí tienen la vida vendida!

—No tanto, madre -dijo el obrero-, y ahora es distinto, se han hecho grandes trabajos de apuntalamientos. Hace más de una semana que no hay desgracias.

—Será así como dices, pero yo no podría vivir si trabajaras allá; preferiría irme a mendigar por los campos. No quiero que te traigan un día como trajeron a tu padre y a tus hermanos.

Gruesas lágrimas se deslizaron por el pálido rostro de la anciana. El muchacho callaba y comía sin levantar la vista del plato.

Cabeza de Cobre se fue a la mañana siguiente a su trabajo sin comunicar a su madre el cambio de faena efectuado el día anterior. Tiempo se sobra habría siempre para darle aquella mala noticia. Con la despreocupación propia de la edad no daba grande importancia a los temores de la anciana. Fatalista, como todos sus camaradas, creía que era inútil tratar de sustraerse al destino que cada cual tenía de antemano designado.

Cuando una hora después de la partida de su hijo María de los Ángeles abrió la puerta, se quedó encantada de la radiante claridad que inundaba los campos.

Hacía mucho tiempo que sus ojos no veían una mañana tan hermosa. Un nimbo de oro circundaba el disco del sol que se levantaba sobre el horizonte enviando a torrentes sus vívidos rayos sobre la húmeda tierra, de la que se desprendían por todas partes azulados y blancos vapores. La luz del astro, suave como una caricia, derramaba un soplo de vida sobre la naturaleza muerta. Bandadas de aves cruzaban, allá lejos, el sereno azul, y un gallo de plumas tornasoladas desde lo alto de un montículo de arena lanzaba una alerta estridente cada vez que la sombra de un pájaro deslizábase junto a él.

Algunos viejos, apoyándose en bastones y muletas, aparecieron bajo los sucios corredores, atraídos por el glorioso resplandor que iluminaba el paisaje.

Caminaban despacio, estirando sus miembros entumecidos, ávidos de aquel tibio calor que fluía de lo alto.

Eran los inválidos de la mina, los vencidos del trabajo. Muy pocos eran los que no estaban mutilados y que no carecían ya de un brazo o de una pierna. Sentados en un banco de madera que recibía de lleno los rayos del sol, sus pupilas fatigadas, hundidas en las órbitas tenían una extraña fijeza. Ni una palabra se cruzaba entre ellos, y de cuando en cuando tras una tos breve y cavernosa, sus labios cerrados se entreabrían para dar paso a un escupitajo negro como la tinta.

Se acercaba la hora del mediodía y en los cuartos las mujeres atareadas preparaban las cestas de la merienda para los trabajadores, cuando el breve repique de la campana se alarma las hizo abandonar la faena y precipitarse despavoridas fuera de las habitaciones.

En la mina el repique había cesado y nada hacía presagiar una catástrofe. Todo allí tenía el aspecto ordinario y la chimenea dejaba escapar sin interrupción su enorme penacho que se ensanchaba y crecía arrastrado por la brisa que lo empujaba hacia el mar.

María de los Ángeles se ocupaba en colocar en la cesta destinada a su hijo la botella de café, cuando la sorprendió el toque de alarma y, soltando aquellos objetos, se abalanzó hacia la puerta frente a la cual pasaban a escape con las faldas levantadas, grupos de mujeres seguidas de cerca por turbas de chiquillos que corrían desesperadamente en pos de sus madres. La anciana siguió aquel ejemplo: sus pies parecían tener alas, el aguijón del terror galvanizaba sus viejos músculos y todo su cuerpo se estremecía y vibraba como la cuerda del arco en su máximo de tensión.

En breve se colocó en primera fila, y su blanca cabeza herida por los rayos del sol parecía atraer y precipitar tras de sí la masa sombría del harapiiento rebaño.

Las habitaciones quedaron desiertas. Sus puertas y ventanas se abrían y se cerraban con estrépito impulsadas por el viento. Un perro atado en uno de los corredores, sentado en sus cuartos traseros, con la cabeza vuelta hacia arriba, dejaba oír un aullido lúgubre como respuesta al plañidero clamor que llegaba hasta él, apagado por la distancia.

Sólo los viejos no habían abandonado su banco calentado por el sol, y mudos e inmóviles, seguían siempre en la misma actitud, con los turbios ojos fijos en un más allá invisible y ajenos a cuanto no fuera aquella férvida irradiación que infiltraba en sus yertos organismos un poco de aquella energía y de aquel tibio calor que hacía renacer la vida sobre los campos desiertos.

Como los polluelos que, percibiendo de improviso el rápido descenso del gavián, corren lanzando pitíos desesperados a buscar un refugio bajo las plumas erizadas de la madre, aquellos grupos de mujeres con las cabelleras destrenzadas, que gimoteaban fustigadas por el terror, aparecieron en breve bajo los brazos descarnados de la cabria, empujándose y estrechándose sobre la húmeda plataforma. Las madres apretaban a sus pequeños hijos, envueltos en sucios harapos, contra el seno semidesnudo, y un clamor que no tenía nada de humano brotaba de las bocas entreabiertas contraídas por el dolor.

Una recia barrera de maderos defendía por un lado la abertura del pozo, y en ella fue a estrellarse parte de la multitud. En el otro lado unos cuantos obreros con la mirada hosca, silenciosos y taciturnos, contenían las apretadas filas de aquella turba que ensordecía con sus gritos, pidiendo noticias de sus deudos, del número de muertos y del sitio de la catástrofe.

En la puerta de los departamentos de las máquinas se presentó con la pipa entre los dientes uno de los ingenieros, un inglés corpulento, de patillas rojas, y con la indiferencia que da la costumbre, paseó una mirada sobre aquella escena.

Una formidable imprecación lo saludó y centenares de voces aullaron:

—¿Asesinos, asesinos!

Las mujeres levantaban los brazos por encima de sus cabezas y mostraban los puños ebrios de furor. El que había provocado aquella explosión de odio lanzó al aire algunas bocanadas de humo y volviendo la espalda, desapareció. La noticia que los obreros daban del accidente calmó un tanto aquella excitación. El suceso no tenía las proporciones de las catástrofes de otras veces: sólo había tres muertos de quienes se ignoraban aún los nombres. Por lo demás, y casi no había necesidad de decirlo, la desgracia, un derrumbe, había ocurrido en la galería del Chiflón del Diablo, donde trabajaba ya hacía dos horas en extraer las víctimas, esperándose de un momento a otro la señal de izar en el departamento de las máquinas.

Aquel relato hizo nacer la esperanza en muchos corazones devorados por la inquietud. María de los Ángeles, apoyada en la barrera, sintió que la tenaza que mordía sus entrañas aflojaba sus férreos garfios. No era la suya esperanza sino certeza: de seguro él no estaba entre aquellos muertos. Y reconcentrada en sí misma con ese feroz egoísmo de las madres oía casi con indiferencia los histéricos sollozos de las mujeres y sus ayes de desolación y angustia.

Entretanto huían las horas, y bajo las arcadas de cal y ladrillo la máquina inmóvil dejaba reposar sus miembros de hierro en la penumbra de los vastos departamentos; los cables, como los tentáculos de un pulpo, surgían estremecientes del pique hondísimo y enroscaban en la bobina sus flexibles y viscosos brazos; la maza humana apretada y compacta palpitaba y gemía como una res desangrada y moribunda, y arriba, por sobre la campiña inmensa, el sol, traspuesto ya el meridiano, continuaba lanzando los haces centelleantes de sus rayos tibios y una

calma y serenidad celestes se desprendían del cóncavo espejo del cielo, azul y diáfano, que no empañaba una nube.

De improviso el llanto de las mujeres cesó: un campanazo seguido de otros tres resonaron lentos y vibrantes: era la señal de izar. Un estremecimiento agitó la muchedumbre, que siguió con avidez las oscilaciones del cable que subía, en cuya extremidad estaba la terrible incógnita que todos ansiaban y temían descifrar.

Un silencio lúgubre interrumpido apenas por uno que otro sollozo reinaba en la plataforma, y el aullido lejano se esparcía en la llanura y volaba por los aires, hiriendo los corazones como un presagio de muerte.

Algunos instantes pasaron, y de pronto la gran argolla de hierro que corona la jaula asomó por sobre el brocal. El ascensor se balanceó un momento y luego se detuvo por los ganchos del reborde superior.

Dentro de él algunos obreros con las cabezas descubiertas rodeaban una carretilla negra de barro y polvo de carbón.

Un clamoreo inmenso saludó la aparición del fúnebre carro, la multitud se arremolinó y su loca desesperación dificultaba enormemente la extracción de los cadáveres. El primero que se presentó a las ávidas miradas de la turba estaba forrado en mantas y sólo dejaba ver los pies descalzos, rígidos y manchados de lodo. El segundo que siguió inmediatamente al anterior tenía la cabeza desnuda: era un viejo de barba y cabellos grises.

El tercero y último apareció a su vez. Por entre los pliegues de la tela que lo envolvía asomaban algunos mechones de pelos rojos que lanzaban a la luz del sol un reflejo de cobre recién fundido. Varias voces profirieron con espanto:

—¡El Cabeza de Cobre!

El cadáver tomado por los hombros y por los pies fue colocado trabajosamente en la camilla que lo aguardaba.

María de Los Ángeles al percibir aquel lívido rostro y esa cabellera que parecía empapada en sangre, hizo un esfuerzo sobrehumano para abalanzarse sobre el muerto; pero apretada contra la barrera sólo pudo mover los brazos en tanto que un sonido inarticulado brotaba de su garganta.

Luego sus músculos se aflojaron, los brazos cayeron a lo largo del cuerpo y permaneció inmóvil en el sitio como herida por el rayo.

Los grupos se apartaron y muchos rostros se volvieron hacia la mujer, quien con la cabeza doblada sobre el pecho, sumida en una sensibilidad absoluta, parecía absorta en la contemplación del abismo abierto a sus pies.

Un rayo de luz, pasando a través de la red de cables y de maderos, haría oblicuamente la húmeda pared del pozo. Atraídas por aquel punto blanco y brillante las pupilas de la anciana, espantosamente dilatadas, claváronse en el círculo luminoso, el cual lentamente y como si obedeciera a la inexorable, escrutadora mirada, fue ensanchándose y penetrando en la masa de roca como a través de un cristal diáfano y transparente.

Aquella rendija, semejante al tubo de un colosal anteojito, puso a la vista de María de los Ángeles un mundo desconocido; un laberinto de corredores abiertos en la roca viva, sumergidos en tinieblas impenetrables y en las cuales el rayo del sol esparcía una claridad vaga y difusa.

A veces el haz luminoso, cual una barrera de diamantes, agujereaba los techos de lóbregas galerías a las que se sucedían redes inextricables de pasadizos estrechos por los que apenas podría deslizarse una alimaña.

De pronto las pupilas de las ancianas se animaron: tenía a la vista un largo corredor muy inclinado en el que tres hombres forcejeaban por colocar dentro de la vía una carretilla de mineral. Una lluvia copiosa caía desde la techumbre sobre sus torsos

desnudos. María de los Ángeles reconoció a su hijo en uno de aquellos obreros en el instante en que se erguían violentamente y fijaban en el techo una mirada de espanto: siguióse un chasquido seco y desapareció la visión.

Cuando las tinieblas se disiparon, la anciana vio flotar sobre un montón de escombros una densa nube de polvo, al mismo tiempo que un llamado de infinita angustia, un grito de terrible agonía subió por el inmenso tubo acústico y murmuró junto a su oído:

—¡Madre mía!

Jamás se supo cómo salvó la barrera. Detenida por los cables niveles, se la vio por un instante agitar sus piernas descarnadas en el vacío, y luego, sin un grito, desaparecer en el abismo. Algunos segundos después, el ruido sordo, lejano, casi imperceptible, brotó de la hambrienta boca del pozo de la cual se escapaban bocanadas de tenues vapores: era el aliento del monstruo ahíto de sangre en el fondo de su cubil.

Cajon del Maipo, Chile



brunoheron
Fotografía



LA ROSA PRINCIPE NEGRO

LIGIA ALVARADO
DE COSTA RICA

La Rosa Príncipe Negro

Resulta que en casa yo soy producto de una familia grande de campesinos. Nosotros vivíamos en el campo y mi papa tenía árboles, tenía frutales y un jardín. Mi mama era fanática de las flores y de las plantas. A cualquier parte que iba, ella salía con un cojito, con un pedacito, con un bulbito y había que andarla cuidando, principalmente en los jardines botánicos, que ahí involuntariamente saliera con un pedacito de planta. Pues resulta que un día compro una planta de rosa, que en Costa Rica se llama príncipe negro, es una rosa oscura, de un tono borgoña oscuro profundísimo. Ella llegó fascinada a la casa con su famosa planta príncipe negro de rosa. La sembró, paso el tiempo y apareció el famoso botón de rosa de mi historia.

Yo vi cómo iba creciendo y desarrollando a la vez que iba tomando poco a poco el tono oscuro. Mami todos los días iba y contemplaba aquella maravilla. Los días se le hacían eternos esperando que la flor cualquier mañana amaneciera abierta. El botón cada día crecía más, igual a como crecía la emoción en mi madre. Pues es una mañana, esta chiquilla traviesa, tomo una tijera, corto el botón de rosa y empezó a abrir los pétalos uno por uno.

Llegué y le dije: —Tome mami, su rosa ya abrió, póngala en un florero.

Se tapo los ojos con la mano y dijo: —¡Chiquita! ¿Qué has hecho?

Tomo la flor, se sentó en un sofá de mimbre que había en la sala y me dijo: —Venga acá

Me sentó en sus piernas y con gran amor me dijo: —Vea mamita, esto que acaba de hacer no está bien, porque esta flor todavía no estaba en tiempo para abrir sus pétalos, y le abriste los pétalos a la fuerza. Eso no debe de ser, todo en la vida tiene un tiempo.

Y con gran ternura, a mis cinco años me hizo una analogía muy hermosa entre la flor y yo.

—Cuando estabas en mi vientre —dijo— Dios decidió que debías permanecer ahí durante nueve meses, para que te formarás y crecieras correctamente. Nadie te apresuro ni te forzó a salir antes de tiempo. Cuando pasaron los nueve meses, saliste y venias linda, completa y sana. Esta pobre flor le faltaba todavía un par de días. Ahora se va a secar porque no tiene la fuerza para permanecer abierta el tiempo que le corresponde.

Eso a mi edad me hizo tomar conciencia de algo que es muy importante en la vida: Aprender a esperar.

Mami, gracias por enseñarme a aprender a esperar.



EL DURAZNO

LIGIA ALVARADO
DE COSTA RICA

El Durazno

Yo tenía cinco años y en casa papa tenía un árbol de durazno en el centro del jardín, y ese árbol de durazno se llenaba de melocotones amarillos. Imagínese cinco chiquillos entre los diez y los dos años, solo vivíamos debajo del árbol a ver en qué momento se caía un durazno.

Pero no caía ningún durazno.

De pronto, maduraron todos a la vez prácticamente. Entonces vino mi papa, arranco un durazno, lo lavo y lo puso en la mesa del comedor y ahí lo dejo. Y los cinco chiquillos alrededor de la mesa, viendo el durazno. Mi papa se fue a cuidar su ganado y toda la cosa. Y nosotros nos quedamos viendo el durazno. Como a las cinco de la tarde regresa mi papa y estábamos todavía viendo el durazno y resulta ser que toma papa el durazno, tenía una cuchilla roja (no se me olvida, de esas suizas) y partió el durazno en cinco pedazos. Nos dio un pedacito a cada uno. Nos lo engullimos y al día siguiente llego con una canasta enorme llena de todos los duraznos que tenía maduros el árbol. Los puso en la mesa y dijo: —Ahora si chiquillos, denle viaje.

Bueno, a mí me quedo aquello.

Cuando yo ya estaba casada y tenia a mi hijo Federico (tenía como cinco años), llego mi papa y le dio un durazno de ese árbol. Imagínense ustedes, 25 años después. Y entonces le digo: —Papi, hablando de todo un poco, ¿te acuerdas de que bajaste un durazno y lo dejaste en la mesa y te fuiste, después regresaste, nos partiste un pedacito a cada quien y después trajiste toda la canasta?

Y entonces, me dice mi papa: —Ilita, ya que recordaste eso, decime vos, ¿qué aprendiste como niña de esa lección? Porque yo como padre si tenía mucho que enseñarles.

Hasta ese momento ya siendo madre me di cuenta de la maravillosa enseñanza originada con un simple durazno

—¡Ah caray! —le dije— Hasta este momento nunca lo había pensado.

Reflexionando un poco le respondí: —Aprendí sobre el respeto, la obediencia, a no tomar lo que no me corresponde. Aprendí a compartir.

—Exactamente —me dijo mi padre—. Ese era mi objetivo, lo que yo quería principalmente era que aprendieran a compartir porque, ¿de qué te sirve una canasta de duraznos para vos solita? ¿no te parece mejor un pedazo de durazno teniendo alguien con quien compartirlo?

Y con aquella seguridad y confianza de mi padre campesino que siempre nos transmitió me dijo: —En la vida mi hijita, lo más importante, no es cuanto tienes. Lo más importante es con quien lo compartes.

Y yo aprendí a compartir, aprendí a ser generosa.

Papá hasta donde estes, te amo.

Moraleja

Los cuentos narrados por Alvarado narran sobre el valor de la paciencia, el respeto y la importancia de ser compartido. La autora se despide con el siguiente mensaje:

*“Agradezco a la vida y dios el padre y la madre que me dieron,
que me formaron una extraordinaria escala de valores.
Muchísimas gracias”.*

Costa Rica



jensphotography
Fotografía



EL CORAZÓN DE EURINDIA:
UN ENCUENTRO CON RICARDO ROJAS

CRISTINA AMALIA LÓPEZ
DE ALADI ARGENTINA

El Corazón de Eurindia

En la maravillosa velada de la Tertulia...cuerpo, mente y espíritu, disfrutamos compartiendo “Cuentos Latinoamericanos” junto a Ligia Alvarado Vives de Costa Rica, María Magdalena Sarraute de Venezuela y Rodrigo Bruna de Chile, gracias a la convocatoria de las maestras Alma Elida Delgado y Huberta Márquez, como coordinadoras de este hermoso evento. Para la ocasión, me propuse compartir un cuento de mi autoría, inspirado en la obra “Eurindia” (1924) del escritor argentino Ricardo Rojas (1882-1957), reflejando su visión de la identidad cultural argentina como una síntesis entre las influencias europeas e indígenas. El libro es parte del “arielismo”, un movimiento intelectual latinoamericano que propone la integración de lo indígena y lo europeo como base para la creación de una cultura nacional auténtica.

El cuento dice así:

En el corazón de Buenos Aires, en un rincón lleno de historia y magia, se encuentra la Casa de Ricardo Rojas, un museo vivo de la fusión cultural que Rojas denominó Eurindia. Es un sitio habitual donde me gusta pensar y percibir...

Una tarde, mientras paseaba por los jardines, comencé a sentir una extraña sensación de conexión con el pasado, como si los muros mismos susurraran historias. Adoro sentarme a leer allí.

De repente, el aire se volvió más denso, y ante mí, apareció una figura etérea: el propio Ricardo Rojas, con su mirada sabia y una sonrisa amable.

—“Bienvenida a mi hogar”, dijo, con una voz que resonaba como el eco de tiempos pasados.

—“Sé que estás aquí para reflexionar sobre la esencia de Eurindia, y te diré, que pensé este neologismo como una fusión armoniosa de las culturas europeas e indígenas que forman la identidad de nuestra tierra.”

Asentí, maravillada por la oportunidad de hablar con el espíritu del ilustre escritor:

—“Por favor, guíeme por su Casa y ayúdame a comprender mejor su visión”, le pedí.

Rojas hizo lo propio y con un gesto cortés de reverencia me señaló el patio principal.

—“Observa los techos y las arcadas de estilo español, una reminiscencia de la colonización europea”, comenzó.

—“Pero mira más de cerca los pilares; allí verás motivos incaicos, soles, mazorcas, cabezas indígenas, entrelazados con figuras hispánicas de ángeles y sirenas en el frontispicio del patio. Esta mezcla representa la convergencia de dos mundos, creando algo nuevo y único.”

—Cada agosto celebramos la Pacha Mama,” dijo. “Es un momento en que las comunidades indígenas se reúnen para honrar a la Madre Tierra con cantos, bailes y ofrendas.”

Mientras caminábamos, Don Ricardo me contó sobre la concepción de su casa, diseñada por su amigo, el arquitecto Ángel Guido;

—“La fachada de la casa, es una réplica de la Casa de Tucumán, un símbolo de nuestra independencia nacional. Quise que mi hogar fuera un reflejo de la historia argentina, desde su herencia indígena hasta la influencia europea.”

Recordé en ese momento que Ricardo Rojas había nacido el 16 de septiembre de 1882 en San Miguel de Tucumán. Y que la casa fue construida entre 1928 y 1930. Un cartel fijado en la pared lo confirma: es un manifiesto arquitectónico que combina elementos de la cultura española con iconografía incaica, representando la idea de Eurindia, un término que Rojas acuñó en su libro homónimo publicado en 1924.

Me detuve ante una columna decorada con símbolos del sol Inti, el dios sol inca, la mazorca o maíz y la cantuta, flor nacional de Bolivia y Perú y el rostro de un indígena americano.

—“El sol Inti no solo representa la energía y la vida, sino también la sabiduría ancestral de los pueblos originarios. La cantuta es un recordatorio de la belleza y la resistencia de nuestra flora autóctona.” Me dijo.

—“Cada símbolo aquí tiene un significado profundo”, explicó Rojas.

Mientras oía su voz posé mi mirada en el centro del jardín, hacia una fuente cuadrilobular, el principal elemento de tradición española que representa la armonía entre lo espiritual y lo terrenal. Este bello patio de recepción corresponde a la fase colonial.

—“Este patio está inspirado en el del Convento de los Dominicos de Arequipa, Perú. Tanto el salón como el recibimiento poseen influencias incaicas, donde se ve representada la puesta del Sol de Tiahuanaco.” Dijo Rojas.

— “La construcción de la casa corresponde a cuatro etapas históricas, que identifiqué en mi libro Eurindia: fase hispánica, independiente, cosmopolita e indígena. Cada uno de los ambientes apuntaba a reconocer claramente estos estilos.”

Continuamos nuestro recorrido hasta llegar a la biblioteca, un santuario de conocimiento y reflexión. Las estanterías llenas de volúmenes antiguos y manuscritos son un imán.

—“Aquí, el pasado incaico se despierta,” dijo Rojas, señalando un friso decorado con figuras de felinos de la cultura Moche.

—“Estos elementos no son meras decoraciones; son una reivindicación de la herencia cultural precolombina, integrados en una estructura arquitectónica que también rinde homenaje a la tradición europea.”

La biblioteca contiene cerca de 25.000 volúmenes y refleja los gustos y las corrientes estéticas que estudió Rojas. La colección es rica en literatura argentina, hispanoamericana y española. Al pasar el patio arequipeño se vuelve al período colonial y ya en el interior, la ornamentación arquitectónica del comedor, la sala de música y demás estancias, aluden a lo hispano combinado con lo “incaico/tiwanacota”, para culminar en la biblioteca y el escritorio dedicado a las culturas precoloniales andinas.

Cuando uno ve sus publicaciones puede hacerse a la idea de su pensamiento con “La restauración nacionalista”, el “Martín Fierro” con las costumbres gauchescas y “El santo de la espada” sobre la vida del Libertador Don José de San Martín, refuerza su convicción de que la Argentina nació de la fusión de ambas culturas. A medida que la recorría, sentí que la casa se transformaba a mí alrededor. Las paredes parecían vibrar de energía ancestral, y el aire se llenó de aromas a tierra, maíz y flores, evocando un viaje a través de las épocas y culturas de América Latina. Rojas me llevó a un rincón especial en el jardín de invierno, un espacio inspirado en los jardines andaluces, de coloridas mayólicas y grandes ventanales que bañan el lugar con una cálida luz dorada.

—“Este es un lugar de paz y reflexión,” dijo Rojas. “la armonía entre lo espiritual y lo terrenal se hace evidente.”

Argentina

Finalmente, regresamos al Patio de los Naranjos, donde la atmósfera parecía cargada de las historias y legados.

-“Este es el corazón de Eurindia”, dijo Rojas con una voz suave pero firme.

—“Un lugar donde las raíces indígenas y las influencias europeas se entrelazan para formar una identidad única y rica. Este concepto, no es solo una idea; es una forma de vida que honra y celebra la diversidad de nuestro continente.” “Es por eso”, continuó, “que quería mostrarte mi casa. Eurindia no es solo una construcción, es un reflejo de esa fusión armónica de razas y culturas, de la sabiduría ancestral y la influencia moderna. Es un lugar donde las tradiciones indígenas y europeas se encuentran y se complementan, creando una identidad rica y compleja.”

Con esas palabras, el espíritu de Ricardo Rojas comenzó a desvanecerse, dejando una sensación de paz y conocimiento en el aire. Me quedé allí, en el Patio de los Naranjos, contemplando la rica tapestry de historias y simbolismos que componían Eurindia.

En ese momento, entendí que la casa no era solo una estructura física, sino un reflejo vivo de la mezcla de culturas que define a América Latina y que en mis hallazgos podía entender que la esencia de nuestras culturas sigue viva...

Las almas antiguas están entre nosotros solo que no nos detenemos a ver, oír y palpar, para lograr sentir...



Jonny Joka
Fotografía

Algunas Reflexiones Sobre el Cuento

Este cuento explora la visión de Ricardo Rojas sobre la fusión cultural de América Latina, representada a través de los elementos arquitectónicos y simbólicos de su casa, que he intentado describir a través del diálogo con el autor, como un espectro que me guía para conocer esa mezcla de influencias incaicas y europeas con la rica diversidad y convivencia multicultural, que se aprecia en el recorrido del Museo; “La nueva cultura argentina será una cultura euríndica, síntesis de lo europeo y lo indígena, capaz de expresar nuestro ser americano”, esta afirmación destaca el concepto central de la obra “Eurindia”. Ricardo Rojas fue poeta, historiador, escritor, periodista, dramaturgo, docente, investigador y ensayista. Su obra, “Historia de la literatura argentina”, consolidó su mirada y orgullo acerca de las costumbres argentinas. El 7 de junio de 1913 Ricardo Rojas fundó la primera cátedra de Literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires. Cada 29 de julio, se homenajea a Ricardo Rojas en el Día de la Cultura Nacional.

La frase “Hay que injertar el mundo sobre nuestra savia nativa para que florezca”, sintetiza la propuesta de Rojas de crear una identidad cultural argentina única. Él aboga por una fusión cultural que no rechace lo extranjero, sino que lo asimile y lo adapte a las particularidades locales; “Nuestra América es el mestizaje de dos mundos, el indio y el europeo, que han de fundirse en una síntesis superior”, aquí Rojas subraya la importancia del mestizaje, como una fuerza creadora en la identidad americana. Para él, la

unión de estos dos mundos, no solo es inevitable sino deseable, como base para una cultura rica y diversa. Esta dualidad es vista como una característica esencial de la identidad latinoamericana cuando enfatiza “El alma de nuestra patria es india, y su pensamiento es europeo”, dado que la esencia cultural de América Latina tiene un componente nativo fundamental, mientras que su desarrollo intelectual y su pensamiento han sido fuertemente influenciados por Europa. En este sentido la frase “Hay que crear una conciencia histórica de nuestra cultura, valorando tanto las contribuciones europeas como las tradiciones indígenas” refleja la idea de que para construir una identidad nacional auténtica, es crucial reconocer y valorar las múltiples influencias que han dado forma a la cultura argentina y latinoamericana. Al afirmar que “En la raíz de nuestra civilización están los pueblos originarios, cuyos valores y enseñanzas debemos recuperar” Rojas argumenta que los valores y las enseñanzas de los pueblos indígenas no deben ser olvidados o marginados, sino que deben recuperarse y reintegrarse en la cultura moderna como parte esencial de la identidad nacional. En resumen, “Eurindia” es un llamado a la creación de una identidad cultural basada en la integración de las influencias europeas e indígenas, que reconoce y valora las aportaciones de ambos mundos para la formación de una cultura nacional única y auténtica.

Este año se cumplen 100 años de esta estética obra titulada “Eurindia” de Ricardo Rojas, a la que he querido brindar homenaje en este cuento, conversando con su fantasma, inspirándome

también en el “El Aleph”, uno de los cuentos más famosos de Jorge Luis Borges, para explorar temas profundos como la infinitud, la naturaleza del ser y la importancia de la imaginación. Pienso que, en la mente no hay tiempo ni espacios, los pensamientos navegan mezclándose entre la realidad y la ficción. La mente es un vasto territorio donde los límites entre pasado, presente y futuro, y entre aquí y allá, se desdibujan, permitiendo una rica variedad de experiencias, reinterpretaciones y conexiones. Esta flexibilidad es parte de lo que hace única a la experiencia humana, permitiendo una profunda reflexión, creatividad y comprensión del mundo. Y me identifico con lo dicho por el maestro Borges “A menudo descubro que sólo estoy citando algo que leí hace tiempo, y entonces la lectura se convierte en un redescubrimiento. Quizá sea mejor que el poeta no tenga nombre.”

Jorge Francisco Isidoro Luis Borges nació en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899 y muere en Ginebra, el 14 de junio de 1986, escritor, poeta, ensayista, es una figura clave tanto para la literatura en habla hispana como para la literatura universal. Sus dos libros más conocidos, “Ficciones” compuesto de dos partes: El jardín de senderos que se bifurcan (1941) y Artificios (1944), y el cuento “El Aleph”, publicado por primera vez en la revista Sur en 1945 y en 1949 dio nombre al libro homónimo, son recopilaciones de cuentos conectados por temas comunes como los sueños, los laberintos, las bibliotecas, los espejos, los autores ficticios y las mitologías europeas, que han dado vuelo a mi imaginación y me influenciaron para escribir mi cuento “En el Corazón de Eurindia: Un Encuentro con Ricardo Rojas”.

Aprendí a apreciar mejor a Borges a través de María Kodama, en la Fundación Internacional Borges, ella dijo una vez en una entrevista: “Siempre pienso una cosa, cuando a mí me preguntan ¿cómo hacemos para entender la obra de Borges?. No es necesario entender, lo primero, lo más importante, es sentir.

Si uno no siente, la amistad, el amor, no pasa nada”. Lamenté mucho su partida, una mujer extraordinaria.

Descubrir en la literatura una infinita convergencia de mundos, como propone Ricardo Rojas en Eurindia, y en la diversidad cultural, hallar la esencia de nuestra identidad y el eco profundo de nuestros sueños compartidos como en el Aleph borgiano, me llevó a los laberintos entre lo real y lo irreal... y todo es mágico. “Nada nos engaña tanto como nuestro propio juicio.” dice Leonardo Da Vinci (1452-1519).

Ser el protagonista de un cuento implica una relación íntima con el lector o el oyente, ya que el personaje se convierte en un espejo a través del cual, los demás pueden ver reflejadas sus propias luchas, sueños, aspiraciones, curiosidades y descubrimientos. El cuento, entonces, no solo transforma al personaje principal en un ser real y al protagonista en imaginario, sino también, a quienes se identifican con ellos, creando un vínculo invisible pero poderoso entre la narrativa y la realidad. En última instancia, ser el protagonista de un cuento es habitar el umbral entre lo real y lo imaginario, lo posible y lo imposible, lo ordinario y lo extraordinario, es experimentar la vida a través del cuento en toda su intensidad y complejidad, y descubrir, al final, que cada experiencia, por más pequeña o grande que sea, tiene el poder de cambiarlo todo, mantenerlo en la memoria, transformarlo, resignificarlo, potenciando su contenido. Así, los relatos se entregan al mundo para ser leídos, para seguir vivos más allá del papel y de su autor.

Gracias por leerme.



Junto Maria Kodama
 Fundación Borges

Cristina Amalia López
 Fotografía



Museo Ricardo Rojas

Cristina Amalia López
 Fotografía



LA 1 LATINA

JOSÉ RAFAEL POCATERRA
VENEZUELA

Extracto I

La señorita con su rígida falda y sus ojos severos recorrieron el aula con la regla en la mano, lista para corregir cualquier desviación. Los niños se sentaban en sus pupitres con los ojos fijos en el pizarrón, donde la letra I latina se erguía como un monolito de autoridad. La i era un símbolo de disciplina, un trazo vertical que no permitía curvas ni desviaciones, reflejo de un sistema inflexible. Sentía un miedo profundo cada vez que la señorita levantaba la regla y la hacía golpear contra el escritorio como un trueno que anunciaba la tormenta.

Extracto II

Cada mañana el trayecto a la escuela se llenaba de ansiedad. La perspectiva de enfrentarse nuevamente a la rigidez de la i y a la frialdad de la mirada de la señorita. Los días transcurrían en un constante estado de alerta donde cualquier error por pequeño que fuera podía traer consigo la dura reprimenda.

Moraleja

La i latina, se enfoca en la educación, sobre la importancia de fomentar el desarrollo social y creativo de los niños en lugar de limitarlo a través del miedo y la rigidez. Resulta especialmente importante crear entornos seguros y protegidos desde las primeras infancias para darles a los futuros profesionistas bases sólidas.



LA CIUDAD

ARTURO USLAR PIETRI
VENEZUELA

Extracto I

En un rincón olvidado, bajo la sombra de un viejo edificio de ladrillo, un anciano contemplaba el flujo constantemente de personas. Sus ojos cargados de años y experiencia seguían cada movimiento con una mezcla de nostalgia y melancolía. Había visto la ciudad transformarse, crecer y cambiar, llevando consigo los recuerdos de épocas y cada movimiento con una mezcla de nostalgia y melancolía. Los recuerdos de épocas pasadas, de amores perdidos y oportunidades desaprovechadas.

A medida que el sol se ocultaba la ciudad se vestía de sombras y luces artificiales, revelando un rostro diferente, más introspectivo y sereno. Las conversaciones se volvían susurros y las risas resonaban como ecos lejanos. En ese momento la ciudad revelaba su verdadera esencia, un mosaico de vidas entrelazadas, desesperanzas y desilusiones de momentos fugaces que conformaban la historia colectiva de sus habitantes.

Extracto II

Las luces de la ciudad parecían estrellas caídas del cielo, un manto brillante que cubría el horizonte y prometía maravillas a quienes se atrevían a adentrarse en sus calles bulliciosas. Dentro de sus confines la vida se desplegaba en una sintonía caótica. Los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía, las campanas de las iglesias marcaban el paso del tiempo y los niños correteaban por las aceras empedradas. Las avenidas principales se llenaban de una marea humana que fluía sin cesar, cada individuo con su propia historia, su propio sueño y pensare.

Extracto III

Caras angustiadas de mujeres y niños asomaban a su paso. Parecían gritarle algo que no alcanzaba a oír, entre la carrera y el jaleo, parecían preguntarle o anunciarle algo. Luego al volver la cabeza los veía corriendo detrás, algunos perros se habían incorporado al gentío que corría y ladraba sin rumbo hacia lo que esperaban más cerca.

Moraleja

Ciudad de estrellas, nos narra sobre el bullicio de la ciudad, la diversidad y complejidad de la vida humana. Reconoce las historias de vida individuales y el valor de las experiencias colectiva, como pese a vivir en una ciudad tan grande, nuestras acciones individuales tienen un impacto sobre otros.

Venezuela



coachjuanma
Fotografía

